



HAL
open science

Exilio, guerra y política transnacional: Las comisiones argentinas en la política internacional americana

Edward Blumenthal

► **To cite this version:**

Edward Blumenthal. Exilio, guerra y política transnacional: Las comisiones argentinas en la política internacional americana. Anuario de la Revista del Instituto de Estudios Histórico Sociales , 2018, 33 (2), pp.145-167. hal-02265935

HAL Id: hal-02265935

<https://hal.science/hal-02265935>

Submitted on 21 Nov 2019

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

EXILIO, GUERRA Y POLÍTICA TRANSNACIONAL

LAS COMISIONES ARGENTINAS EN LA POLÍTICA INTERNACIONAL AMERICANA (1839-1845)

EXILE, WAR AND TRANSNATIONAL POLITICS:

THE ARGENTINE COMMISSIONS IN AMERICAN INTERNATIONAL POLITICS (1839-1845)

Edward Blumenthal¹

<i>Palabras clave</i>	<i>Resumen</i>
Exilio, Asociacionismo, Rosas, Generación de 1837, Política transnacional	Las Comisiones Argentinas, conformadas en Montevideo, Bolivia y Chile por emigrados políticos originarios de la Confederación Argentina entre 1839 y 1845, jugaron un papel importante en la política internacional. Articularon los intereses políticos de los emigrados con los de los países de acogida, buscaron formar alianzas internacionales contra Rosas y participaron en la política interna de los países vecinos, con el efecto de internacionalizar las guerras civiles. Aunque las pautas de movilidad evidenciadas estuvieron desprovistas de una lógica nacional, participaron en una política argentina donde emigrados de provincias y facciones diferentes se juntaron con fines políticos, en un contexto de circulación de las ideas románticas de nacionalidad. Son un ejemplo concreto y argentino de las prácticas asociativas en el exilio y del papel importante de la acción transnacional en la política internacional sudamericana.
<i>Recibido</i> 6-9-2018 <i>Aceptado</i> 20-11-2018	
<i>Key words</i>	<i>Abstract</i>
Exile, Associationism, Rosas, Generation of 1837, Transnational politics	The Argentine Commissions, constituted in Montevideo, Bolivia and Chile by political émigrés from the Argentine Confederation between 1839 and 1845, played an important role in international politics. They connected the émigrés' political interests with those of host countries, sought to form international alliances against Rosas and participated in neighboring countries internal politics, which had the effect of internationalizing civil wars. Although the mobility patterns studied did not follow a national logic, they participated in Argentine politics, where émigrés from different provinces and factions came together with political objectives, in a context of the circulation of Romantic ideas of nationality. They are a concrete Argentine example of associative practices in exile and of the important role of transnational action in South American international politics.
<i>Received</i> 6-9-2018 <i>Accepted</i> 20-11-2018	

1 Université Sorbonne Nouvelle, UFR LLCSE, Département LEA. 13 rue Santeuil, Paris, Francia. C.e.: edward.blumenthal@sorbonne-nouvelle.fr.

INTRODUCCIÓN

Esteban Echeverría, en su *Dogma socialista*, afirmó que la “Asociación de la Joven Generación Argentina, representa en su organización provisoria el porvenir de la nación argentina: su misión es esencialmente orgánica” (2010, p. 99). Pero con su disolución frente a la represión rosista y la emigración de sus miembros a Montevideo y otros sitios aún más lejanos, esta legitimidad liberal-constitucional se trasladó al exilio. Puesto que Rosas rechazó la convocatoria a una convención constitucional, prevista en el Pacto Federal de 1831, se formaron en el exilio asociaciones que buscaban representar esta “organización provisoria” y proyectar su influencia en la Confederación. En este contexto, entre 1838 y 1845 emergieron en el exilio las Comisiones Argentinas con la intención de coordinar la lucha contra el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, y sus aliados en la Confederación. Estas pretendieron derrocar al “tirano” y organizar una república argentina; además, desde las sedes en el exilio en Montevideo, Bolivia y Chile, se interesaron en apoyar a los generales en campaña en la Confederación.

Este artículo busca desarrollar el papel del exilio en el antirosismo a través del ejemplo de las Comisiones. Varios autores han destacado la manera en que el exilio fue un momento clave para la joven generación y la circulación de ideas románticas de nacionalidad (Amante 2010, Myers 1998, Wasserman 1997). Para Pilar González Bernaldo, la nación se identificaba no con el territorio de la Confederación Argentina, aún variable, sino con las prácticas de sociabilidad de la oposición, basadas en el asociacionismo y la prensa, incluso fuera de la Confederación (González 1999, pp. 155-68). Estas prácticas habían surgido en el marco de las instituciones rivadavianas, pero conocieron un marcado retroceso en el contexto de represión durante la segunda mitad de la década de 1830. Menos atención se ha dado a las relaciones entre facciones en el exilio y las tensiones entre la espada y la pluma como formas de lucha.

Las Comisiones funcionaban en parte como asociaciones de migrantes, con los objetivos de organizar y ofrecer protección a los contingentes importantes de emigrados políticos que vivían en los países limítrofes de la Confederación. Buscaron así la unión de las diferentes facciones argentinas (unitarios, federales disidentes y románticos), y son un ejemplo concreto y argentino de las prácticas asociativas en el exilio. Estas asociaciones se formaron en el momento en el que los jóvenes románticos abandonaron la Confederación hacia las tierras de emigración. Aunque los románticos no representaron la corriente más fuerte dentro de las comisiones, veremos que éstas simbolizaron el auge de una nueva legitimidad, con orígenes en la prensa y en la esfera pública (González 2003), asociada también a las ideas románticas de nacionalidad (Myers 1998, Palti 2009).

Otro objetivo de este artículo es explorar las tensiones entre un proyecto político argentino y pautas de movilidad que no siguieron una lógica nacional, lo cual produjo un nacionalismo inclusivo de extranjeros. Las Comisiones jugaron tam-

bién un papel militar de base de retaguardia, al suministrar armas y materiales a los ejércitos en campaña. Esto significó no sólo la coordinación de varios ejércitos estatales, provinciales o no-estatales sino también el desarrollo de un papel similar al de un gobierno en el exilio. Las comisiones negociaron e intermediaron entre los diversos actores (incluidas las fuerzas navales de Francia y Gran Bretaña) que se opusieron al gobierno de Rosas.

Lo anterior no se trata de fenómenos propiamente americanos: no hay que perder de vista el contexto más amplio de las organizaciones liberales revolucionarias. Yossi Shain se refiere a éstas como organización “semi-gubernamental”, punto intermedio entre los gobiernos en exilio y las asociaciones de la sociedad civil, y rastrea el legado del “Comité Nacional” a Mazzini y los emigrados italianos después de 1848 (Shain 2005, p. 27). Antes de 1848, los comités de refugiados estaban activos en París, en particular, las organizaciones conectadas con la Joven Europa de Giuseppe Mazzini (Díaz 2014). Las ideas mazzinianas circularon también en América del Sur en las décadas de 1830 y 1840, producto de los exilios italianos (Isabella 2009, Myers 2008). En el Río de la Plata, italianos y demás europeos formaron cuerpos armados organizados según el principio de nacionalidad, que se entendían como parte de una lucha liberal o republicana más global, lo cual facilitó también la creación de alianzas locales concretas (Etchechury 2015 y 2018).

Así, este artículo demostrará que las Comisiones son un ejemplo de la manera en que el exilio es un fundamento del orden político en América Latina (Sznajder y Roniger 2009). La acción política transnacional de actores no estatales tuvo efectos concretos en las relaciones internacionales americanas en un contexto de exilio generalizado. Cuerpos militares argentinos participaron en los conflictos locales no sólo en la Banda Oriental sino también en Brasil, Bolivia, Chile y Perú. El papel de las comisiones ocupó un espacio que trascendía el Río de la Plata, lo cual internacionalizó las guerras que tradicionalmente fueron entendidas como civiles.

GUERRAS CIVILES Y EXILIO EN EL RÍO DE LA PLATA

El exilio se desarrolló en un contexto de guerra civil en el Río de la Plata, donde se enfrentaban provincias y estados vecinos, y donde las conexiones políticas, sociales y económicas cruzaban las fronteras de las nuevas repúblicas. Por una parte, las presiones centrífugas ya habían aparecido con la independencia de Paraguay (1813), Bolivia (1825) y Uruguay (1828). Por otra parte, las provincias de Cuyo, que habían dependido de Santiago de Chile hasta la formación del Virreinato (1776), después de las independencias disfrutaban todavía de contactos económicos y sociales muy importantes con ese país. Podríamos decir lo mismo de los territorios que lindaban la frontera entre la Confederación y Bolivia.

Dentro de la Confederación, los conflictos entre unitarios y federales llevaron a una serie de disputas entre alianzas provinciales cambiantes durante varias coyunturas

(Fradkin 2012, Rabinovich 2013, Zubizarreta 2014). El pacto Federal de 1831 –formado por las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos y Santa Fe, y al cual las demás provincias adhirieron en 1831 y 1832– dio cuerpo a la Confederación Argentina sobre las ruinas del proyecto unitario de una república centralizada. Esta confederación dio una gran autonomía a las provincias pero confió a Buenos Aires el derecho de conducir las relaciones exteriores y el control de la aduana, principal fuente de ingresos (Di Meglio 2012, Myers 1995). Por lo demás, Buenos Aires, bajo la dirección del gobernador Juan Manuel de Rosas, no reconocía la independencia de Paraguay. En cuanto a la República Oriental, a pesar de su independencia *de iure*, se encontraba profundamente imbricada en el sistema de alianzas y contraalianzas provinciales.

La consolidación progresiva de Rosas en el poder a partir de 1829 tuvo como consecuencia varias olas masivas de emigración de los opositores. Primero, los unitarios, quienes comenzaron a partir en 1828/29 con la implosión de las Provincias Unidas. Estas emigraciones tomaron un carácter regional: porteños a Montevideo, originarios del interior a Bolivia y cuyanos a Chile. En 1831, por ejemplo, con la derrota de la Liga del Interior, bajo el mando del cordobés José María Paz, muchos soldados y sus familiares huyeron a Bolivia (La Madrid 2007, pp. 531-59). Al principio del segundo período de Rosas como gobernador (1835), emigraron también los federales disidentes que se opusieron a la concentración del poder en las manos de él y su rechazo a la constitución de una república.

Finalmente, a fines del decenio, la joven generación romántica buscó tomar el liderazgo de la oposición y encargarse de la organización definitiva de la nación argentina. Los jóvenes románticos, particularmente Juan Bautista Alberdi, habían propuesto sus servicios a Rosas, quien los rechazó, desconfiando de toda legitimidad proveniente de la opinión pública y de la francofilia de los románticos en el contexto de un bloqueo francés. Sobre todo, Rosas rechazaba las pretensiones de la joven generación, que se erigió como juez de la legitimidad histórica del régimen. Después del rechazo de su proyecto intelectual por parte de Rosas, se adjudicaron el derecho de liderar los proyectos revolucionarios antirosistas (González 1999, pp. 152-53; Myers 1998, pp. 399-400; Palti 2009, pp. 47-49).

Las comisiones se insertaron en este contexto de exilio generalizado, de alianzas que cruzaban fronteras provinciales e internacionales muy porosas. Intentaron coordinar a diferentes países y provincias –notablemente Paraguay, Corrientes y la Banda Oriental, pero también Chile y Bolivia– en una oposición común a Rosas y a la Confederación. Estas asociaciones tuvieron sus orígenes inmediatos en la campaña antirosista del general Juan Lavalle entre 1839 y 1840. Lavalle, héroe de la independencia, se había refugiado en Montevideo en 1829 después que la ejecución del gobernador federal Manuel Dorrego llevara a la guerra civil y propulsara a Rosas al poder. Un decenio después, desde la Banda Oriental, Lavalle organizó una invasión a la Confederación, financiada por los franceses, quienes paralelamente habían impuesto un bloqueo naval al puerto de Buenos Aires.

Sublevaciones antirosistas ocurrieron simultáneamente en las provincias del norte y del interior (Jujuy, Salta, Catamarca, Tucumán, La Rioja, Córdoba y Corrientes) con el general Gregorio Aróz de La Madrid a la cabeza, y una rebelión de terratenientes explotó en el sur de la provincia de Buenos Aires. Estos movimientos terminaron fracasando y Lavalle tuvo que retirarse hacia el norte, donde murió en una emboscada federal. Lo que quedó de su ejército huyó a Bolivia mientras que el ejército de La Madrid terminó en Chile después de una fracasada invasión a Cuyo (Gelman, 2009).

Francia y Gran Bretaña jugaron un papel importante en estas alianzas a través de la presencia de sus flotas en el Río de la Plata. Entre 1838 y 1840, la escuadra francesa bloqueó Buenos Aires a raíz de un conflicto sobre el servicio militar local de sus nacionales y para proteger sus intereses comerciales. El apoyo de los franceses fue esencial para el regreso al poder de Fructuoso Rivera en Uruguay en 1838, y lo sería también para Lavalle y los emigrados de Montevideo en 1839 y 1840, gracias al financiamiento y al bloqueo de Buenos Aires. Este escenario se repitió en 1845, cuando una flota anglofrancesa intervino para proteger la independencia de Montevideo frente al asedio de Manuel Oribe, aliado oriental de Rosas y pretendiente a la presidencia de Uruguay. Pero también el contexto político del Imperio de Brasil jugaría cierto papel, en el contexto de la secesión de la República Riograndense (1835-1845), vecina al estado oriental (Guazzelli 2005, Padoin 2011, Scheidt 2002).

¿UN GOBIERNO EN EXILIO, UNA SOCIEDAD SECRETA O UNA ASOCIACIÓN REPRESENTATIVA?

En este contexto de guerra civil, donde se mezclaban el imperialismo europeo y los intereses de los países vecinos, los emigrados residentes en Montevideo –el centro del exilio anti-rosista en los años 1830– organizaron la primera Comisión Argentina en 1839. Ésta tenía un doble objetivo: por un lado, negociar con los franceses en coordinación con el ministro de relaciones exteriores del gobierno oriental, Santiago Vázquez, en el contexto de la campaña de Lavalle abordada en el apartado anterior; por otro lado, canalizar la lucha política de los emigrados que vivían en la ciudad.

La organización en Montevideo tuvo precedentes: los unitarios emigrados organizaron sociedades secretas en la primera mitad de la década para conspirar contra Rosas y apoyar a Rivera en los comicios de 1836. La victoria de Oribe sobre Rivera y Lavalle en el campo de batalla, ese mismo año, llevó al destierro de varios emigrados unitarios de la Banda Oriental a la isla de Santa Catarina (independiente en 1839), mientras Rivera se refugió en la República Riograndense. Rivera llegó al poder en 1838 con el apoyo de estos emigrados, permitiendo que volvieran de Santa Catarina y sellando una alianza con los *farrapos* de Río Grande (Guazzelli 2004, Zubizarreta 2009).

Sin embargo, las descripciones de las comisiones que aparecen en las fuentes indican un funcionamiento más complejo que el de una sociedad secreta, con aspectos propios de un gobierno en el exilio y una asociación de emigrados. En una carta escrita a sus homólogos de Santiago en 1841, el secretario Florencio Varela afirmó que, al co-

mienzo de su campaña, Lavalle había nombrado la comisión directamente, con varios objetivos diplomáticos: “entenderse con los señores agentes de la Francia, para obtener la cooperación y recursos necesarios, y el de proveer al ejército de armas, municiones y demás artículos”.² En otra comunicación, escrita en el contexto del acuerdo entre Rosas y los franceses que puso fin al bloqueo en 1840, Varela llegó a afirmar que Lavalle delegó sus poderes a la comisión “por indicación de los Agentes (franceses) mismos” para tener un interlocutor legítimo con quien negociar, sobre todo en lo que se refería al dinero, armamento y material. La existencia de una traducción francesa de este documento podría indicar que se están señalando a los franceses como responsables en la derrota de Lavalle (Varela 1840, 1841).

Lo anterior implicaba un cierto papel representativo, aunque no queda claro si se está representando a Lavalle, a los emigrados o a una Argentina todavía incierta. Para Théogène Page, edecán del almirante Armand de Mackau, la Comisión debía “representar el poder legislativo, y, después de la toma de Buenos Ayres, convocar el pueblo” para elegir un nuevo gobernador, “que fuera la verdadera expresión del voto de la nación”. También se encargaba de canalizar el dinero y material prometido por los franceses. Page presentó a Lavalle como “simplemente” un general sin “otra pretensión que la de emancipar el país de la tiranía”, subordinado políticamente a la Comisión. Lavalle “correspondería con el comité director” de la comisión, se inspiraría de su aviso, incluso de sus órdenes. El edecán también sugirió que la Comisión era un instrumento de los franceses, al afirmar que “nuestro encargado de negocios, del quien ella era la obra, permanecía su alto y misterioso director” (Page 1841, p. 327).

El papel diplomático en las negociaciones con los franceses se articuló con esta pretensión de representar el pueblo de Buenos Aires. Demuestra una preocupación de legalidad que buscó legitimar la campaña contra Rosas, quizás debido al papel de Lavalle en la ejecución de Dorrego y el hecho de colaborar con una potencia europea. Así, en junio de 1840, la Comisión firmó con el cónsul francés Buchet-Martigny un acuerdo que selló una alianza francesa con “las Provincias y ciudadanos, de la República Argentina, armados contra el tirano de Buenos Ayres”. Sin embargo, en este acuerdo, los cinco comisarios se presentaron como los delegados de Lavalle, y hablaban en su nombre, lo cual traduce las tensiones en el objeto de la representación.³

La búsqueda de cierta representatividad se extendió también a los emigrados que vivían en Montevideo. Varela destacó “que se tuvo especial cuidado de componer de hombres que representasen todas las antiguas opiniones que habían dividido la República, á fin de desmentir, por los hechos, la idea de que la Francia apoyaba *un partido* en el Rio de la Plata” (Varela 1840, p. 25). Sin embargo, de los quince miembros de la Comisión identificados a partir de varias fuentes –la participación efectiva variaba con el tiempo– todos habían nacido en Buenos Aires (salvo Gabriel Ocampo) y muy pocos

2 Montevideo, 29 de abril de 1841 (Rodríguez 1922, p. 253).

3 ‘Protocolo’ (Varela 1840, p. XVII).

tenían una identificación federal, aunque la invitación hecha a Félix Olazábal, (¿Julián?) Espinosa y Tomás de Iriarte demuestra una cierta voluntad de ampliar las bases de la comisión. Había seis letrados o periodistas, cuatro militares, un médico y un sacerdote (y tres con oficios desconocidos), con la presidencia en las manos de un general, Martín Rodríguez.

Los testimonios de los otros miembros de la comisión corroboran las observaciones biográficas. Tomás de Iriarte, antiguo dorreguista varias veces exilado a Montevideo en las décadas de 1810 y 1820, se quejaba de las rivalidades en el seno de la comisión entre los unitarios más viejos, quienes controlaban su funcionamiento –las reuniones ocurrían siempre en la casa de algún unitario–, y los federales disidentes, que habían llegado a mediados de los años treinta. Estos últimos criticaban la gestión informal de las reuniones, la dominación unitaria y la injerencia de las autoridades orientales; Iriarte afirmó haber perdido sistemáticamente los votos cuando proponía redactar actas (Iriarte 1947, p. 247).

En sus memorias, Iriarte describió un procedimiento cerrado y secreto para elegir a los miembros. Explicó que para incorporarse a la Comisión fue invitado por Valentín Alsina a la casa de Varela, sin ninguna explicación de la naturaleza de la reunión (Iriarte 1947, pp. 239-40). Sin embargo, también afirmó que “sus miembros fueron electos a pluralidad de votos por los individuos emigrados que entonces residían en Montevideo” (*ibid.*, p. 213), lo cual traduce la esperanza de ver la comisión como una instancia representativa de la emigración en Montevideo. La lógica representativa entraba en tensión con el carácter secreto y “los individuos emigrados” parecen reducirse aquí a los invitados a una reunión semisecreta.

Iriarte se quejó de la intromisión del gobierno oriental, cuyo representante en el seno de la Comisión –el sanjuanino Salvador María del Carril– habría insistido en la subordinación de la comisión al gobierno de Rivera, en la autoridad de la comisión sobre todos los argentinos y en el carácter secreto de sus resoluciones (Iriarte 1947, p. 242). Afirmó también que la comisión fue creada directamente por el presidente Rivera y su ministro Vázquez y que el gobierno oriental había promovido “la instalación de una Comisión Argentina con la que él debía entenderse y a la que debían subordinarse todos los emigrados que se presentasen a tan patriótico fin” (*ibid.*, p. 213). Queda claro que la representatividad de la Comisión era problemática para algunos de sus miembros y que, en muchos aspectos, se parecía más bien a una sociedad secreta unitaria.

Se entiende fácilmente cómo la comisión podía ser, para el gobierno oriental, una manera de canalizar la lucha político-militar de los emigrados, pero también para controlarlos. Por lo demás, estas críticas traducen también las tensiones entre porteños y orientales en Montevideo hacia 1839, cuando Rivera había retirado su apoyo a Lavalle e incautado su armamento, y éste cruzó el Río de la Plata para ir a la isla Martín García –bajo control de la flota francesa– justamente para escapar del control de los orientales. Dos años después, Varela –secretario de la Comisión de Montevideo– se quejaba de la persistencia de las tensiones con Rivera, a pesar de su alianza con los emigrados. “La

posición de los argentinos emigrados y especialmente de la comisión, respecto del jefe de este Estado es, por otra parte, la más incierta y desgraciada”.⁴

Otra visión escéptica del papel de la comisión proviene de Juan Bautista Alberdi, también escrita en memorias posteriores. Más que la presencia de unitarios y federales, lo que molestaba a Alberdi era la poca presencia de la joven generación. Alberdi describe una reunión a su llegada a Montevideo en 1838, con la participación de los generales Rodríguez, Olazábal, e Iriarte, además de Alsina; y en esta descripción resalta el aislamiento y la pasividad de sus interlocutores. Para Alberdi,

[...] los comisionados parecían estar más confiados en los recuerdos de su memoria, que en las informaciones vivas y actuales de lo que dejaban la escena por conocerse. La opinión había hecho en Buenos Aires, progresos que ellos no concebían: habían quedado demasiado atrasados para que pudiesen ser los intérpretes de los deseos y de las resoluciones modernas del país. (Alberdi 1900, pp. 445-46)

Ésta resulta ser una crítica clásica de la incompreensión de las realidades políticas del país creadas por el exilio, particularmente irónica si recordamos que, después de décadas en el extranjero, Alberdi destacó la libertad del pensamiento otorgada por la “ausencia” (Alberdi 1873).

Pero también es una reivindicación del papel de la ‘juventud’ romántica en la constitución de una república argentina desde el exilio. Frente a la inacción de los viejos unitarios, el futuro del país quedaba en las manos de los jóvenes, “Se necesitaban hombres que no hubiesen sido vencidos por Rosas, que poseyeran el secreto de su acción, y lo despreciasen. De aquí la competencia de la juventud para la dirección ó más grande participación en la dirección de la última lucha” (Alberdi 1900, p. 446). La preocupación romántica por la juventud traducía una brecha real. De los quince miembros identificados, cuatro tenían más que sesenta años. Aunque Varela y Alsina eran más jóvenes (respectivamente treinta y tres y treinta y ocho años en 1840), la mayor parte de los comisionados consistía en oficiales de las guerras de independencia, que tenían entre cuarenta y seis y sesenta y nueve años de edad, aunque Alberdi se equivoca cuando atribuye setenta y ocho años a Martín Rodríguez, presidente de la comisión (sólo tenía sesenta y nueve).

Esta invocación a la juventud, por parte de Alberdi, contra unitarios y federales responde a la figura mazziniana y romántica del joven revolucionario, que aparece en su discurso de esta época pero que tiende a disiparse con la derrota de Lavalle, la experiencia del exilio y las secuelas de 1848. La teoría mazziniana de la asociación implicaba igualmente un cambio paulatino, aunque matizado, de las sociedades secretas militares a estructuras más abiertas (Díaz 2014, pp. 242-55; Isabella 2009, pp. 213-16). Las críticas de Alberdi también traducen estas evoluciones. Escritas después de la derrota de Lavalle, tales críticas son también el reflejo de un cambio de estrategia en la lucha contra Rosas, que consiste en el paso de una lucha militar a una lucha por la opinión pública. La comisión militar semisecreta sería eclipsada por la lucha de propaganda en

4 Montevideo, 29 de abril de 1841 (*ibid.*, p. 253).

el exilio, realizada en los diarios. Este cambio estratégico es anunciado en las referencias de Alberdi a la "opinión". Es en el "progreso" de la opinión pública, mal entendido por los unitarios, que él adivina ver el futuro del país y de la lucha contra Rosas. "Cuando los fondos estuvieron prontos y la opinión preparada, el ejército se formó en un día" (Alberdi 1900, 504). Para Alberdi, fue el trabajo de la joven generación en la opinión pública que preparó la campaña, mientras que la Comisión –y los unitarios más generalmente– eran responsables de la derrota militar.

LA CONSTITUCIÓN DE LA NACIÓN EN EL EXILIO

El litoral rioplatense no era el único teatro de operaciones de las comisiones de emigrados, que aparecieron también en la costa del Pacífico en Chile y Bolivia. La Comisión chilena funcionaba mucho más como una asociación de la sociedad civil con relaciones importantes con la esfera pública. La Comisión explicó estos objetivos en una carta dirigida a su homóloga montevideana en 1841, donde se relata su creación y la necesidad de paliar los efectos negativos del exilio a través de la representación política. "Los argentinos residentes en esta república, se han reunido para tomar en consideración lo que reclama de ellos la presente condición política de su país natal; y al efecto han acordado nombrar una comisión encargada de representarlos".⁵

No obstante, la Comisión tenía un fin militar paralelo al de su homóloga de Montevideo. Fue creada para amparar la campaña del general La Madrid en Cuyo en 1841, mientras las fuerzas de Lavalle se retiraban hacia el norte y Bolivia, después de la separación de los dos ejércitos en Córdoba. Este nuevo frente, alejado del litoral, hacía que la emigración de Chile tuviera un lugar estratégico como nueva base de retaguardia.

Los integrantes de la Comisión de Santiago tenían un perfil más joven que los de su homóloga de Montevideo: contaban con una edad media de cuarenta y cuatro años. Tres miembros eran jóvenes románticos y los otros eran más bien residentes de Chile de larga data. Diez de diecisiete eran cuyanos, y sólo dos porteños (Las Heras y J. G. Gómez), lo cual subraya la importancia regional de las pautas migratorias. Dos (Ocampo y Gómez) habían sido miembros de la Comisión de Montevideo y se unieron a la de Chile después de su llegada al país en 1841. Tres de sus miembros fueron militares, los demás educadores, periodistas, médicos y abogados.

Juan Gregorio de Las Heras, el presidente, era un exiliado sólo en el sentido más amplio del término. Después de haber luchado en Chile y Perú en las guerras de independencia bajo el mando de San Martín, volvió a Buenos Aires donde fue gobernador entre 1824 y 1826. La formación de un gobierno nacional bajo la constitución de 1826 lo dejó sin trabajo y volvió a Chile ese mismo año. En Chile, participó en las actividades políticas de los opositores a Rosas, como lo demuestra su papel en la Comisión. En ésta jugó un papel importante de intermediario con los generales unitarios de Montevideo

5 Santiago de Chile, 4 de marzo de 1841 (Rodríguez 1922, p. 248).

y también con el gobierno chileno, en razón de sus vínculos con la sociedad chilena. Las Heras estaba casado con Carmen de Larraín y Aguirre, quien pertenecía a una de las familias locales más importantes. Su reincorporación al ejército chileno con el rango de general en 1842 implicó la obligación de asistir a las funciones oficiales.⁶ A partir de 1843, fue también representante del gobierno oriental en Santiago; y durante este período se registran en su correspondencia comunicaciones oficiales con los gobiernos de Santiago y Montevideo que atestiguan su posición de nudo en las redes militares unitarias.⁷ Su participación en la comisión debería entenderse en el contexto de estas actividades políticas y diplomáticas.

Para realizar este trabajo militar, la Comisión de Santiago estableció contactos con los generales en campaña, lo cual incluyó una carta con una clave criptográfica y una lista de interlocutores de la comisión en las ciudades del norte de Chile para que Lavalle pudiera recurrir a ellos en su retirada hacia el norte en 1841, aunque no hay pruebas que el general los utilizara.⁸ La Comisión subrayó la importancia de los contactos con la Comisión de Montevideo y recalcó que “uno de nuestros primeros deberes” era “ligar sus esfuerzos” y “ponerse en contacto” con los emigrados de Montevideo. Pero también tenía sus propios contactos regionales en las comisiones locales –la carta habla de “reuniones parciales”– “en los otros puntos secundarios de Chile”.⁹ En efecto, la comisión contaba con agentes corresponsales en Valparaíso y las ciudades del norte chileno.¹⁰

Los contactos más importantes fueron con La Madrid. Según Benjamín Villafañe, secretario tucumano del general durante esta campaña, uno de los objetivos estratégicos de la invasión de Cuyo fue justamente “ponernos en contacto con la emigración argentina en Chile”, derrotando a los caudillos de Mendoza y San Juan (José Félix Aldao y Nazario Benavídez, respectivamente), controlando así la zona limítrofe (Villafañe 1972, p. 103). En efecto, uno de los primeros actos de La Madrid después de tomar Mendoza fue encargar a Villafañe la redacción de una carta a la comisión de Chile –y al presidente chileno– informándoles de la situación (Villafañe 1972, p. 126, La Madrid 2007, p. 712).

Lo anterior hubiera permitido el flujo de soldados, armamento y material desde el país vecino, financiado por los emigrados en Chile. En sus memorias, La Madrid afirma que esperaba un apoyo concreto de la Comisión, que debía suministrar armamentos a los “emigrados respetables de Cuyo” que participarían en la toma de la región. Lo esperaba porque la Comisión le habría comunicado que “era probable que aquel gobierno declarase la guerra a Rosas, según los acalorados discursos en las cámaras, del señor

6 Ministro de guerra a Las Heras, Santiago, 11 de octubre de 1842, Benjamín Vial a las Heras, Santiago, 4 de noviembre 1846, Archivo General de la Nación Argentina, Catálogo General (en adelante, AGN-CG), Leg. 1.

7 Santiago Vázquez a Las Heras, Montevideo, 11 de noviembre de 1843, AGN-CG, Leg. 1.

8 Santiago de Chile, 21 de marzo de 1841 (*ibid.*, p. 250).

9 Santiago de Chile, 4 de marzo de 1841 (Rodríguez 1922, pp. 248-9).

10 Santiago de Chile, 21 de marzo de 1841 (*ibid.*, p. 250).

Palazuelos y otros diputados” (La Madrid 2007, p. 708). Ya sea una esperanza vana del general o exageraciones de los emigrados, la quimera de una invasión chilena o incluso un flujo importante de armas nunca llegó, aunque diez años después una milicia compuesta de emigrados participó en la guerra civil chilena de 1851, antes de lanzarse sobre La Rioja y Tucumán (Blumenthal, 2015).

Si la opción militar resultó ser un fracaso, la Comisión de Chile resultó más trascendente en cuanto a la elaboración de las redes asociativas transnacionales. La conexión estrecha entre el ideal asociacionista y el exilio buscó articular el apoyo de las autoridades chilenas para proteger a los emigrados, como queda en evidencia en la carta fundadora anteriormente citada.

Privados de la protección de nuestra bandera, perseguidos por el poder... sin más vínculo que la desgracia, la condición de los argentinos de este país solo reposa sobre la lealtad chilena, formando una dolorosa excepción a todos los extranjeros que lo habitan. Todo es precario para nosotros, y sólo ha sido permanente la barrera que aún nos separa de la tierra natal. ... Conociendo que los esfuerzos aislados e individuales son casi siempre impotentes, las circunstancias tales como las que rodean a los argentinos residentes en Chile, ellos se han asociado para poner en común cuanto son y valen en pro de los intereses de su país.¹¹

En estas quejas clásicas de emigrados –la inestabilidad, la dependencia de las autoridades locales, la separación y la desgracia– vemos un afán de protegerse y organizarse para que el vínculo nacional sobreviviera en el extranjero. Al mismo tiempo, el exilio aparece como una experiencia nacional unificadora de los argentinos, quienes participan en la asociación no como provinciales sino como nacionales. El papel de la asociación, como Echeverría había argumentado, era forjar este vínculo, un vínculo que no se podía establecer en el interior de la Confederación mientras Rosas rehusara organizar una república con una constitución. El vínculo nacional aparece como el resultado de la acción política transnacional, unificando los diferentes sitios de exilio fuera del marco territorial de la Confederación.

LA PROTECCIÓN DE LOS EMIGRADOS Y LA OPINIÓN PÚBLICA

A pesar de las intenciones expresadas a su homóloga en la carta de marzo de 1841, la Comisión de Chile no parece haber realizado mucho hasta la invasión de Cuyo. Por lo menos era la opinión de Sarmiento, quien escribió a un amigo que, a pesar de haberse comunicado “con el general Paz, Rivera, Lavalle y Brizuela”, tenía dificultades para hacer contacto con “los otros puntos de la república”. De los miembros originales sólo quedaban Las Heras, Zapata y Oro, y la comisión se había reunido “para dar cuenta de sus esfuerzos y disolverse”.¹²

11 Santiago de Chile, 4 de marzo de 1841 (*ibid.*, p. 248).

12 Sarmiento a Quiroga Rosas, Santiago, 18 de julio de 1841 (Sarmiento 1988, p. 27).

Sin embargo, la derrota de La Madrid en noviembre de 1841 en la batalla de Rodeo del Medio, y el flujo de los supervivientes a Chile, daría un nuevo ímpetu a la Comisión de Chile, bajo el impulso de Sarmiento. En 1841, éste empezaba a hacerse conocer en Chile, gracias a un comienzo prometedor en el periodismo y a su amistad con el futuro presidente, entonces ministro del interior, Manuel Montt. Había huido a Chile a fines de 1840, después de salir de la cárcel en San Juan. Sarmiento supo utilizar su posición en la prensa chilena y en el seno de la Comisión para crear una campaña de publicidad a favor de la causa antirosista en apoyo de los emigrados de la campaña de La Madrid que cruzaron a Chile a finales de ese año. Un argumento central en este sentido es que esta campaña contribuyó a su creciente legitimidad como interlocutor argentino en la prensa chilena en estos años. Aunque fracasara en su papel militar, la comisión le otorgó a Sarmiento una legitimidad que aprovechó para intervenir en la prensa chilena en nombre de los emigrados.

Al parecer, Sarmiento no tenía la intención de quedarse en Chile y su correspondencia de 1841 demuestra tergiversaciones sobre su futuro.¹³ En 1850, afirmó que Montt había intentado disuadirlo de su decisión. Cuando cruzó la cordillera de los Andes hacia Mendoza, en septiembre, lo hizo con la intención de incorporarse al ejército de La Madrid, proveyendo material y una carta de recomendación de la Comisión. Pero llegó demasiado tarde, cuando el ejército ya había sido derrotado por las fuerzas de Ángel Pacheco. Chile era un refugio lógico; y Sarmiento se estableció en el pueblo de Los Andes para organizar la huida de los soldados, y se comparó con “un poder ejecutivo con la suma del poder público, para favorecer a los infelices argentinos que quedaban comprometidos en la cordillera” (Sarmiento 1850, pp. 182-83).

Este comportamiento no está desprovisto de intenciones políticas, como se ve en su narrativa de los acontecimientos publicada en sus *Recuerdos*, diez años más tarde, que lo coloca firmemente en el centro de toda la acción. Mientras que Las Heras y Zapata organizaban socorros desde Santiago, Sarmiento solicitó ayuda a los vecinos de Los Andes y envió a un amigo a San Felipe para hablar con el intendente. El relato de Sarmiento contiene muchas referencias a sus amigos en el pueblo de Los Andes y su primer exilio entre 1831 y 1836, lo cual deja claro que la cordillera era tierra conocida para él (Sarmiento 1850, pp. 183-84). Se puso en contacto con Montt, con el general José Francisco Gana y con los hermanos Manuel Camilo y Rafael Vial (“para que excitasen la caridad pública”) y con el periódico *El Mercurio* (“para alarmar la nación entera y despertar la piedad”). Las Heras y la Comisión fueron sus interlocutores principales entre los emigrados.¹⁴ Sarmiento destaca sus conexiones con chilenos influyentes, en el gobierno y en la sociedad civil. Una descripción evidentemente interesada, que buscó colocarlo en el centro de la

13 A sus amigos cuyanos, afirmaba haber dejado una carrera prometedor en *El Mercurio* por patriotismo argentino. Sarmiento a Indalecio Cortínez, 20 de noviembre de 1842 (Sarmiento 1988, pp. 32-34).

14 D. F. Sarmiento a Manuel Montt, Los Andes, 30 de septiembre de 1841 (Sarmiento 1999, 51). Las respuestas aparecen en *Recuerdos* y *Correspondencia*. Los hermanos Vial financiarían posteriormente la fundación de *El Progreso*, establecido por Sarmiento y Vicente Fidel López.

acción, pero que deja en evidencia las conexiones políticas de la Comisión. Se presenta como el dirigente del exilio en Chile, con amigos chilenos influyentes; aunque exagere su papel personal, su versión fue confirmada por su amigo Villafañe y por La Madrid, este último muy crítico de Sarmiento en otras ocasiones (La Madrid 2007, p. 719).

Al articular su legitimación como miembro de la Comisión con sus contactos en el gobierno, Sarmiento se convirtió en el eje de la respuesta del gobierno a la crisis en la cordillera. Esto es un reflejo evidente de los límites del poder del Estado en zonas fronterizas, donde se necesitaban interlocutores fiables con un conocimiento del terreno, aunque fueran extranjeros. Sarmiento visiblemente respondía a estos criterios, aunque no impidió que utilizara la situación a ventaja de su propia posición en Chile y la de los emigrados en general.

En Santiago, la Comisión promovió una campaña en favor de La Madrid y sus soldados. Una suscripción circuló entre los chilenos,¹⁵ lo cual permitió que la Comisión le comprara un nuevo uniforme a La Madrid y organizara un banquete en su honor, con banderas de los dos países, arcos triunfales y un baile en la noche (La Madrid 2007, p. 721). También se organizó una serie de eventos públicos que comenzaron con unas representaciones teatrales: *Otelo* de Shakespeare y *Marino Faliero* de Donizetti, con la participación de la estrella del teatro rioplatense Juan Casacuberta. Éste había luchado bajo La Madrid y llegó a Chile en esa misma ola de emigración; en los años siguientes, jugaría un papel importante en el teatro chileno. Además de funciones teatrales, se evocaron también conciertos que los hermanos Vial querían organizar para las “señoritas principales, a beneficio de la emigración”.¹⁶

Estos eventos tuvieron el efecto de destacar la situación de los nuevos emigrados en la opinión pública chilena, como se puede ver en los artículos escritos por Sarmiento durante esta campaña, donde elogió no sólo los sacrificios heroicos de los emigrados sino también la acogida generosa de los chilenos. Evocó explícitamente el paso de San Martín por la cordillera, cruzando épocas y exilios, comparando el “movimiento” de 1841 con el ejército de San Martín en 1817, notando “el movimiento de la simpatía, del interés y noble generosidad” que la situación de los “desgraciados hermanos” inspiraba a sus pares chilenos.¹⁷ Implícitamente, Sarmiento recordaba también la emigración de los patriotas chilenos a Mendoza en 1814, y su propio exilio un año antes, como Jaime Concha ha señalado para el caso de *Facundo* (Concha 1993). La imagen de la travesía por la cordillera reaparece en el relato de estos acontecimientos en sus *Recuerdos*: “El penoso ascenso de un día a pié, hundiéndonos en la nieve reblandecida por los débiles rayos del sol, nos traía fatigados” (Sarmiento 1850, p. 183). El tropo de la cordillera con las cimas nevadas aparece como un símbolo de la unidad

15 Sarmiento 1850, 185. José Francisco Gana a Sarmiento, Santiago, 1 de octubre de 1841 (Sarmiento 1988: 29-30).

16 Quiroga Rosas a Sarmiento, 2 de octubre de 1841 (Sarmiento 1850, 185) Sarmiento también escribió una crítica de la función de *Otelo* en *El Mercurio*. *Obras*, II.

17 ‘Acogida hecha a los emigrados’, *El Mercurio*, 10 de octubre de 1841 (Sarmiento 2001:17).

chileno-argentina y tiene un doble propósito: legitimar la lucha de los emigrados en términos de las narrativas de la independencia y recordar a sus anfitriones chilenos los vínculos republicanos que compartían.

Si bien las complejidades de la situación de los emigrados en la sociedad chilena van más allá del propósito de este trabajo, es importante señalar que las posiciones de Sarmiento en defensa de ellos también encontraron resistencias. Los agradecimientos hechos al gobierno y pueblo chilenos ocupan mucho espacio en esta serie de artículos (Sarmiento 2001, p. 17), pero Sarmiento también sentía la necesidad de recordar que si los “vecinos” habían contribuido de manera generosa, no fue el caso de las “clases menos acomodadas de la sociedad” que aprovecharon la desgracia de los emigrados para hacer pagar “a peso de oro”.¹⁸ Esta observación hizo que algunos chilenos le reprocharan haber minimizado el papel de los chilenos y exagerado el papel de los emigrados y particularmente su propio papel. Sobre todo, se preguntaron por qué se dirigió a los chilenos y no sólo a los emigrados.¹⁹

Aunque no lograron sus objetivos militares, el éxito de la campaña de la comisión argentina en apoyo de los emigrados de 1841 subraya la importancia de la opinión en los sitios de exilio. Este cuestionamiento de la integración de los emigrados a la vida pública chilena prefigura las polémicas de los años cuarenta, cuando debieron afrontar críticas fuertes a su participación en la prensa política (Jakšić 2001, Stuyen 2000). Lo anterior, además de entrar en tensión con la estrategia que movilizó la Comisión, destaca también los delicados equilibrios de la vida en el exilio. Sarmiento y la Comisión recurrían a la opinión chilena para legitimar su posición como dirigentes argentinos en Chile y suscitar la simpatía de la opinión pública chilena en la lucha contra Rosas. Sin embargo, se exponían a las críticas por su papel como extranjeros en la política chilena, sobre todo de quienes se oponían a sus alianzas con el poder chileno, lo cual podía minar su posición de dirigentes.

IMPERIOS, ESTADOS, PROVINCIAS Y EMIGRADOS EN LA BÚSQUEDA DE UNA ALIANZA ANTIROSISTA

En Bolivia, las Comisiones se formaron en el contexto de la derrota y el exilio de los restos del ejército de Lavalle en 1841. Después de su retirada de la provincia de Buenos Aires, Lavalle se dirigió hacia el norte; y después de una serie de derrotas, terminó muerto en Jujuy, no lejos de la frontera boliviana, a fines de año. Los soldados que lo habían acompañado llevaron sus restos a Potosí donde encontraron refugio bajo el gobierno, nuevamente en el poder, de José Ballivián. Uno de sus primeros gestos al llegar a Bolivia fue organizar el entierro del general. Fue un gesto altamente simbólico

18 ‘Sucesos de la cordillera’, *El Mercurio*, 2 de noviembre de 1841, p. 23.

19 ‘Unos suscritores en favor de los emigrados argentinos’, ‘Señores editores del Mercurio’, *El Mercurio*, 7 de noviembre de 1841, pp. 359-60, nota 4.

porque los derrotados de 1841 formaron una nueva ola importante de emigrados en Bolivia, después de los que habían huido diez años antes (Blumenthal, 2017).

A diferencia de la situación en Montevideo, los emigrados de Potosí formaron su Comisión públicamente, con un voto formal y actas firmadas.²⁰ De ahí, procedieron a contactar a los emigrados en las ciudades vecinas para pedir dinero y solicitar que se organizaran en comisiones también. Contactaron a Félix Frías –secretario de Lavalle, quien formaba parte del grupo que acompañó su cuerpo a Bolivia– y al general Rudecindo Alvarado –oficial de la independencia–, ambos residentes en Chuquisaca.²¹ La respuesta de Frías nos indica que se llevó a cabo una suscripción parecida, aunque al parecer sin la elección de una comisión.²²

La composición de los suscriptores es llamativa, aunque los datos son parciales.²³ Hay una fuerte presencia de militares y también de personas originarias de las provincias del norte de la Confederación Argentina. Esto sugiere que se trata sobre todo de emigrados que huyeron de la derrota militar, ya sea en 1831 o en 1841, pero con vínculos familiares en la región. En este sentido, la presencia de dos naturales del Alto Perú, Juan Estanislao de Elías y Casimiro Rodríguez, a pesar de haber declarado su intención de “recoger una suscripción habida exclusivamente de los Argentinos”, deja en evidencia las estrechas relaciones económicas, sociales y políticas que existían desde los tiempos coloniales. Eran militares que habían sostenido los patriotas en esa zona –en la época constituía una parte del Virreinato del Río de la Plata– antes de pelear en las guerras civiles bajo el mando de Lavalle y Paz.

Estos primeros documentos hablan menos de la organización constitucional de una república argentina que de la personalidad de Lavalle. Las actividades de la Comisión Lavalle cedieron rápidamente el paso a la formación de una Comisión calcada sobre el modelo de la de Montevideo. Cuatro meses después de la formación de la Comisión Lavalle, se creó en la misma ciudad de Potosí una Comisión con el objetivo de “felicitar al Sor Presidente Ballivián”. Elegida por los “emigrados argentinos”, se formó en la llegada del presidente a la ciudad.²⁴ El contexto boliviano aquí es clave. El general José Ballivián y Segurola fue proclamado presidente por sus tropas a fines de 1841, después de haber expulsado una invasión de Agustín Gamarra desde el Perú, y elegido oficialmente a principios de 1842 (Sobrevilla 2011, pp. 204-11; Peralta Rúa y Irurozqui 2000, pp. 110-17). El objetivo explícito de esta comisión fue buscar una alianza con el nuevo presidente para apoyar los intereses de los emigrados.

20 5 de febrero de 1842, Archivo General de la Nación, Colección Biblioteca Nacional (en adelante, AGN-BN) Leg. 686, n° 11.194.

21 Comisión, Potosí, a Frías, Chuquisaca) 5 de febrero de 1842, AGN-BN, Leg. 692, N° 12.051; Comisión, Potosí, a Rudecindo Alvarado, 13 de febrero de 1842, AGN-BN, Leg. 687, n° 11.355.

22 Frías, 10 de febrero de 1842, Chuquisaca, *Revista Biblioteca Nacional* (en adelante, RBN), XXIV/58, pp. 420-21.

23 ‘Suscripción argentina’, s.d., AGN-BN, Leg. 686, n° 11.200.

24 27 de junio de 1842, AGN-BN, Leg. 685, No 10.904.

La Comisión fue elegida por sufragio abierto a todos los emigrados de la ciudad y su composición demuestra fuertes continuidades con la Comisión Lavalle, con el mismo presidente, el médico Mateo J. Molina, y el mismo secretario, Justino Rodríguez. Nuevamente, aunque los datos son parciales, predominan los militares y los originarios de las provincias del norte de la Confederación. Aun así, llama la atención que el acta de la Comisión Argentina tenga menos firmas (61) que la de la Comisión Lavalle (203) y que sólo ocho personas hayan firmado ambas. Esto podría sugerir una gran movilidad –menos de seis meses después de su llegada a Bolivia muchos se habían dispersado hacia otras ciudades, o países, del Pacífico– o que una comisión nacional simplemente obtuvo menos apoyo que una dedicada a la memoria del general. Es decir que las lealtades personales eran más fuertes que las que se manifestaban a un proyecto nacional argentino aún incierto.

La correspondencia de esta Comisión de Potosí, enviada a Tupiza y Cinti, llamaba a la creación de comisiones paralelas en otras ciudades bolivianas, “á fin de que formen un cuerpo que los represente... y con quien esta comisión pueda entenderse”, para recaudar “fondos para realizar la invasión á las provincias del norte de la República Arg.^a”. La suscripción debía abrirse también a “Bolivianos y estrangeros (sic)” pero aconsejaron “la mas intima reserva al obgeto (sic) de la suscripción”.²⁵ Esta correspondencia demuestra cómo se estableció una red de comisiones en Bolivia en los meses que siguieron a la derrota de Lavalle, aunque no parecen haber sido particularmente eficaces. Nicolás de Avellaneda, uno de los corresponsales, se quejaba de la pobreza de los emigrados, quienes no tenían con qué vivir, y el desinterés de los bolivianos.²⁶ En Tupiza, aunque Vicente Lezama logró reunir treinta y dos emigrados, no pudo convencerlos de formar una Comisión propia porque evocaba la existencia de una en La Paz, “creada allí con dependencia o conocimiento de las de Chile y Montevideo” y que “sería ridículo la formación de tantas Comisiones centrales”.²⁷

A pesar de este fracaso relativo, sería un error descartar la importancia de las Comisiones de Bolivia, porque estos intercambios epistolares demuestran que, en el interior de las ciudades secundarias de la emigración, el debate público estaba vivo. Todos parecían aceptar que la elección de comisiones democráticas era la mejor forma de organizarse y que había que mantener contactos con las otras ciudades. Las estructuras parecieron ser más democráticas que en Montevideo, sugiriendo la difusión de una valoración de la asociación democráticamente organizada, asociada en parte con la generación romántica.

Sin embargo, los aspectos militares no fueron dejados de lado. Si se examina un corpus más amplio de correspondencia donde no figura una mención explícita de las

25 Potosí, 28 de junio de 1842, AGN-BN, Leg. 686, no 11.197. Aquí por primera vez aparece la frase “Comisión Argentina”.

26 Tupiza, 24 de julio de 1842, RBN, vol. XXIV, no. 58, p. 469.

27 Tupiza, 24 de julio de 1842, AGN-BN, Leg. 689, no 11.806.

Comisiones, vemos que las coaliciones militares estaban en el corazón de las preocupaciones. La alianza con Ballivián tenía como objetivo obtener su apoyo para las expediciones contra las provincias del norte de la Confederación Argentina y también formar una alianza antirosista entre Chile y Bolivia, que se sumaría a la que se configuraba entre Asunción, Montevideo, Corrientes y los emigrados del litoral hacia 1844-45. Las Comisiones formaban parte de un entramado más amplio de redes transnacionales de emigrados que conectaban los conflictos de los diferentes países.

Wenceslao Paunero estuvo en el centro de estas redes. Había llegado a Bolivia en 1831 con La Madrid y otros oficiales, después de su derrota contra Quiroga en La Ciudadela, y se casó con la hermana de Ballivián durante su estadía en ese país. Aunque al parecer permaneció en Bolivia hasta 1847, cuando su cuñado fue derrocado de la presidencia boliviana, apareció varias veces en Valparaíso, y se encontraba en esta ciudad en 1841 como agente corresponsal de la Comisión de Chile. Además, una carta de la Comisión de Chile a la de Montevideo, un año más tarde, destacó la llegada de Paunero a Valparaíso desde Bolivia, en compañía de Casimiro Olañeta, ministro plenipotenciario de este país, con comunicaciones oficiales para el gobierno chileno buscando formar una alianza militar contra Rosas.²⁸

Paunero, como otros oficiales emigrados, jugó un papel activo en las políticas militares de Ballivián en el altiplano. En 1843, Ballivián envió a su cuñado a Perú al mando de un cuerpo compuesto de tres mil peruanos, bolivianos y rioplatenses para luchar bajo el mando del general peruano Juan Crisóstomo Torrico.²⁹ Varios oficiales emigrados tenían un grado y un salario en el ejército boliviano; y el regimiento que había llegado con los restos de Lavalle, bajo el mando de Juan Esteban Pedertera, se incorporó inmediatamente a las fuerzas de Ballivián para repelar la invasión de Gamarra.³⁰

Durante estos años (1842-44), Félix Frías, interlocutor de las comisiones de Bolivia, y residente en ese país, utilizó sus contactos entre los emigrados en Chile para constituir una alianza entre estos dos países. Primero, buscó publicar artículos favorables a Ballivián y dicha alianza en la prensa chilena; y recibió respuestas favorables de emigrados residentes en este país.³¹ En 1844, después de haberse trasladado a Chile, fue nombrado cónsul boliviano en Valparaíso y siguió publicando artículos favorables a Ballivián en *El Mercurio*. Domingo de Oro, pariente de Sarmiento y miembro de la comisión de Chile en 1841 y 1842, también entró en el servicio diplomático boliviano en razón, como lo afirmó Tomás Frías, de la “experiencia que le ha proporcionado su

28 Santiago de Chile, 25 de julio de 1842 (Rodríguez 1922, 258) Una alianza con Santa Cruz ya fue un objetivo de los unitarios emigrados en Montevideo en la primera mitad del la década de 1830 (Zubiarrreta 2009).

29 Frías a J. M. Gutiérrez, Chuquisaca, 1 de mayo de 1843 (RBN, XXV, 59, pp. 67-68).

30 Frías a J. M. Gutiérrez, Chuquisaca, 1 de mayo de 1843 (*ibid.*, 70) Frías a Piñero, Chuquisaca, 7 de enero de 1843, AGN-BN, leg. 679, no 9.915.

31 B. Villafaña a Frías, 8 de septiembre de 1842, RBN, XXV, 59, p. 20. Piñero a Félix Frías. Valparaíso, 24 de enero de 1843, *ibid.*, 25. V. F. López a Frías, Santiago, 8 de septiembre de 1842, RBN, XXIV, 58, p. 501.

larga residencia en la costas del Pacífico en cuanto á las relaciones políticas y situación respectiva de Bolivia con los estado del Perú, Ecuador y Chile".³²

Estas redes diplomáticas buscaron utilizar sus contactos con Ballivián para coordinar invasiones a la Confederación Argentina, con el apoyo –o por lo menos la tolerancia– de las autoridades bolivianas. Frías esperaba que, con el apoyo de Ballivián, estos mismos cuerpos se utilizaran para montar una invasión de la Confederación Argentina.³³ Varios proyectos se formularon para reunir estos soldados dispersos bajo el mando de un oficial argentino para lanzarse sobre la Confederación Argentina. Aunque Ballivián dio su consentimiento, los planes de invasión no tuvieron mucho éxito.³⁴ La alianza no se logró y fue sin duda una quimera de los emigrados, ya que Chile y Bolivia, aunque contentos de acoger a los emigrados y utilizar sus servicios en cargos importantes, no tenían por qué ir a la guerra con Rosas. Lo anterior demuestra la lógica de los esfuerzos diplomáticos de los emigrados y su papel de intermediarios en las contiendas civiles e internacionales.

Esta lógica continuó en el Río de la Plata en los años siguientes, reuniendo fuerzas de Montevideo, Asunción, Corrientes y la República Riograndense contra el bloqueo impuesto a Montevideo por Rosas y Oribe, este último un oriental. En 1845, una flota anglo-francesa intervino para proteger la independencia de Montevideo, e impuso un nuevo bloqueo de Buenos Aires. En el corazón de esta disputa, estaba la demanda de los imperios europeos de tener un acceso directo a los mercados interiores del país y los temores de los comerciantes europeos de Montevideo de los efectos de una victoria eventual de Rosas y sus aliados.

La Comisión Argentina de Montevideo funcionó como un nudo de difusión de información durante esta campaña. En 1845, la asociación informaba al general José María Paz, a la cabeza del ejército correntino después de varios años a cargo de la defensa de Montevideo, de todo lo que pasaba en la Banda Oriental y Buenos Aires y de las posiciones de los imperios europeos.³⁵ También facilitaba el envío de armas hasta Corrientes, utilizando comerciantes particulares o la flota uruguaya, bajo el mando de G. Garibaldi.³⁶ La comisión siguió el papel diplomático que había jugado con Lavalle, representando a Paz en las negociaciones con la flota anglo-francesa.³⁷

Estas negociaciones se llevaron a cabo en el contexto de las preparaciones para una expedición anglo-francesa en el río Paraná. En agosto de 1845, las fuerzas europeas habían quebrado el bloqueo marítimo de Montevideo impuesto por Buenos Aires y en noviembre entraron a la fuerza en el Paraná para tratar de abrir el comercio con las

32 Tomás Frías (min. de RREE) a Oro, Sucre, 11 de diciembre de 1844 (Oro 1911, p. 8).

33 Frías a J. M. Gutiérrez, Chuquisaca (Sucre), 1 de mayo de 1843, RBN, XXV/59, p. 70.

34 Félix Frías a Gen. Anselmo Rojo. Sucre, 9 de agosto de 1843, *ibid.*, pp. 97 y sig.

35 Montevideo, 25 de abril de 1845 (Rodríguez 1922, pp. 424-5).

36 Montevideo, 27 de agosto de 1845, Montevideo, 10 de noviembre de 1845 (*ibid.*, pp. 434-36).

37 La Comisión al Gen. Paz, 16 de julio de 1845 (*ibid.*, p. 428).

provincias del interior y aliviar las economías ahogadas de Corrientes y Paraguay, aisladas del exterior por Rosas. La flota anglo-francesa entró por el Paraná mientras que la italo-uruguaya, bajo el mando de Garibaldi, entró por el Uruguay. En este contexto, Sarmiento y Varela, entre otros, escribieron sobre la libre navegación de los ríos (Halperín 1980, p. XXII). En esta alianza, formada en la encrucijada de los intereses de los imperios brasileño, británico y francés, encontramos por lo menos tres grupos diferentes de emigrados. Además de los porteños en Montevideo –organizados en la Legión Argentina–, incluye a los orientales que habían huido a Rio Grande do Sul, a comienzos del asedio de Montevideo en 1843, y a los italianos mazzinianos de la Legión Italiana, bajo el mando de Garibaldi (Etchechury, 2018).

La Comisión de Montevideo constató que, desde el reconocimiento de la independencia de Paraguay, el gobierno de Montevideo quería enviar un agente diplomático, pero era imposible por la falta de recursos a raíz de la guerra. La necesidad de tener un agente en Paraguay era entonces indispensable para apoyar los esfuerzos del agente de Corrientes para concretar una alianza entre Montevideo, Corrientes y Asunción y para “neutralizar las sugerencias... de parte del Agente” brasileño. Así, Varela remitió un mensaje del gobierno oriental pidiendo que un “ciudadano oriental” en el ejército de Paz representara a Montevideo en Asunción, donde –al parecer– ya cumplía este papel para Paz y Corrientes.³⁸ La expedición conjunta de los emigrados orientales en Río Grande y las fuerzas navales uruguayas, con el apoyo del ejército correntino, demuestra una dinámica parecida. La comisión coordinó las fuerzas orientales en Río Grande y el ejército correntino de Paz, utilizando la flota de Garibaldi para comunicarse con ambas partes en su lucha contra las fuerzas de Oribe.³⁹

Estas relaciones generaron una compleja dinámica territorial, en la que los actores cruzaban las fronteras porosas, entre Estados o provincias, para entablar intrigas y alianzas cambiantes. Éstas raramente respondían a criterios “nacionales”; el denominador común entre porteños y provinciales, orientales e italianos era la lucha contra Rosas, pero se articulaba también con los intereses imperiales en las intervenciones europeas y el conflicto entre Rio Grande do Sul y Río de Janeiro. Esta dinámica territorial fue la especificidad de la Comisión Argentina de Montevideo, en la encrucijada de conflictos entre Buenos Aires, los demás Estados y provincias rioplatenses y los imperios europeos y Brasil. El combate de los emigrados se insertaba en este contexto de guerra más amplio.

ACCIÓN POLÍTICA NACIONAL Y TRANSNACIONAL

Después de estos episodios, encontramos referencias esporádicas a las Comisiones, las más interesantes en las *Memorias* de La Madrid. El general circulaba entre 1841 y

38 Montevideo, 25 de abril de 1845 (*ibid.*, pp. 429-30).

39 Montevideo, 27 de agosto de 1845 (*ibid.*, 433).

1844 por la costa del Pacífico entre Chile (Santiago y Copiapó), Bolivia (Cobija, Calama y Chuquisaca) y Perú (Lima), buscando apoyo para lanzarse de nuevo sobre la Confederación Argentina desde Chile o Bolivia. La Madrid menciona que, después de su llegada a Chile, la Comisión de Santiago lo empujó a emigrar de nuevo hacia el norte, para invadir Salta, y le compró armas y le prometió adquirir caballos en Cobija. Sin embargo, la expedición no logró concretarse; y La Madrid criticó a la comisión por su falta de apoyo y afirmó que simplemente buscaban alejarlo de Santiago para cubrir su vergüenza después de la derrota de 1841 (La Madrid 2007, pp. 723-37). Es quizás otra señal de que, para los emigrados de Chile, la opinión pública tenía más promesa que la fuerza armada como herramienta de lucha después de la consolidación de Rosas en el poder. Por lo demás, con el derrocamiento de Ballivián en 1847, la acogida generosa se acabó y muchos de los emigrados que habían encontrado un lugar en Bolivia terminaron en Chile.

El fracaso militar, y el peso creciente de la prensa y el asociacionismo, se confirmarían en la coyuntura de la derrota de Rosas en Caseros, en 1852. La campaña militar que culminó en la batalla de Caseros siguió, de alguna manera, la pauta de los intentos anteriores. Es decir, fue una coalición internacional de provincias disidentes aliadas con países vecinos, particularmente Brasil, ahora librado de la carga de la lucha contra la República Riograndense. Los emigrados participaron, excepto algunos casos individuales como Sarmiento o Mitre, sobre todo a través del debate público, en la prensa y en los clubes constitucionales que surgieron en la costa del Pacífico para participar en la organización constitucional de la nación.

Las Comisiones evidenciaron la importancia del exilio en el proceso de la constitución de la república argentina y en las guerras civiles más amplias de la primera mitad del siglo XIX. Como se puede observar a través de la acción de las Comisiones Argentinas y los soldados y diplomáticos *emigrados* en Brasil, Uruguay, Perú, Bolivia y Chile, el exilio no sólo jugó un papel importante en la política interna de los países de acogida, sino también en la política internacional de la época. Se organizaron, con una lógica transnacional que impregnaba hasta las ciudades secundarias del exilio, en asociaciones, cuerpos militares y de manera informal con el objetivo de constituir una nación argentina en el Río de la Plata. Así, las Comisiones vincularon no sólo *emigrados* argentinos sino también cuerpos militares de varios actores no estatales, como las legiones extranjeras de Montevideo. También jugaron un papel en las relaciones diplomáticas entre las autoridades independientes de América del Sur, y de ellas con Francia y Gran Bretaña.

Desde el exilio, se anticipaba –siguiendo las ideas de Echeverría– la formación de una república democrática a partir de una base asociativa, compuesta de emigrados de la represión rosista. Los emigrados nunca dejaron de construir vínculos sociales a través de estas redes asociativas, cuya legitimidad democrática pretendía anunciar la formación de la república argentina. El procedimiento por voto funcionaba, aunque menos el caso de Montevideo, y permitía integrar a emigrados dispersos y móviles a los

proyectos políticos que apuntaban a derrocar a Rosas y constituir una república. Así, la nacionalidad argentina, anunciada en los escritos románticos de la joven generación, comenzaba a tomar forma en el extranjero. No se trataba de una nacionalidad exclusiva sino de un patriotismo con la participación de actores nacidos fuera del marco territorial de la Confederación, en el cual las fronteras eran todavía borrosas y donde los miembros de las comisiones no dudaron en inmiscuirse en la política local de los países de acogida.

Aun así, las Comisiones y los clubes posteriores crearon espacios de debate articulados en torno a un proyecto político común, no sólo en Montevideo y las provincias disidentes sino también en la costa del Pacífico. Un marco común donde provinciales y porteños se reunieron y, en este sentido, funcionaron como incubadoras de la nacionalidad. Sobre todo, las comisiones fueron una manera de (re)construir el vínculo nacional a través de las prácticas asociativas y de llevar a cabo una acción política argentina transnacional, fuera del marco territorial de la Confederación Argentina.

BIBLIOGRAFÍA

- ALBERDI, J. B., 1900. Acontecimientos del Plata en 1839 y 1840. Recuerdos - Impresiones - Pensamientos. En: *Escritos Póstumos*, XV. Imprenta Alberdi: Buenos Aires.
- , 1874. *Palabras de un ausente en que explica a sus amigos del Plata los motivos de su alejamiento*. Paris: Pablo Dupont.
- AMANTE, A., 2010. *Poéticas y políticas del destierro argentinos en Brasil en la época de Rosas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- BLUMENTHAL, E., 2017. Lavalley's Remains: The Political Uses of the Body in Exile and Return. *Hispanic American Historical Review*, 97 (3), pp. 387-421. <https://doi.org/10.1215/00182168-3933814>.
- , 2015. Milicias y ciudadanía de residencia: la revolución chilena de 1851 en perspectiva transnacional. *Illes i Imperis*, 0 (17), pp. 91-112.
- CONCHA, J., 1994. On the Threshold of Facundo. En T. H. DONGHI, I. JAKŠIĆ, G. KIRKPATRICK y F. MASIELLO, *Sarmiento: Author of a Nation*, pp. 145-55. Berkeley: University of California Press.
- DÍAZ, D., 2014. *Un asile pour tous les peuples?: Exilés et réfugiés étrangers dans la France du premier XIXe siècle*. Paris: Armand Colin.
- DI MEGLIO, G., 2012. *¡Mueran los salvajes unitarios!: La mazorca y la política en tiempos de Rosas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- ECHEVERRÍA, E., 2010 (1846). *Dogma Socialista de la asociación de mayo, precedido de una ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en la Plata desde el año 1837*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- ETCHECHURY, M., 2015. De colonos y súbditos extranjeros a 'ciudadanos en armas'. Militarización y lealtades políticas de los españoles residentes en Montevideo, 1838-1845. *Revista Universitaria de Historia Militar*, 4 (8), pp. 119-42.
- , 2018. 'Defensores de la humanidad y la civilización'. Las legiones extranjeras de Montevideo, entre el mito cosmopolita y la eclosión de las 'nacionalidades' (1838-1851). *Revista Historia*, 0 (50-II), pp. 491-524.
- FRADKIN, R., 2012. *¡Fusilaron a Dorrego!* Buenos Aires: Sudamericana.
- GELMAN, J., 2009. *Rosas bajo fuego: los franceses, Lavalle y la rebelión de los estancieros*. Buenos Aires: Sudamericana.

- GONZÁLEZ BERNALDO, P., 1999. *Civilité et politique aux origines de la nation argentine: Les sociabilités à Buenos Aires 1823-1862*. Paris: Publications de la Sorbonne.
- , 2003. Sociabilidad y opinión pública en Buenos Aires (1821-1852). *Debate y perspectivas: cuadernos de historia y ciencias sociales*, n° 3, pp. 55-80.
- GUAZZELLI, C. A. B., 2005. O Rio Grande de São Pedro e a fronteira no espaço platino na primeira metade do século XIX. En *Simpósio Nacional de História*. vol. 23. Londrina.
- HALPERÍN DONGHI, T., 1980. *Proyecto y Construcción de una Nación: Argentina, 1846-1880*. Caracas: Fundacion Biblioteca Ayacucho.
- IRIARTE, T., 1947. *Memorias: Luchas de unitarios, federales y mazorqueros en el Río de la Plata*. vol. 5. 11 vols. Buenos Aires: Ediciones Argentinas "S.I.A."
- ISABELLA, M., 2009. *Risorgimento in Exile: Italian Émigrés and the Liberal International in the Post-Napoleonic Era*. Oxford - New York: Oxford University Press.
- JAKŠIĆ, I., 2001. *Andrés Bello: la pasión por el orden*. Santiago: Editorial Universitaria.
- LA MADRID, G. A., 2007. *Memorias del general Gregorio Aróz de la Madrid*. Buenos Aires: El Elefante Blanco.
- MYERS, J., 2008. Giuseppe Mazzini and the Emergence of Liberal Nationalism in the River Plate and Chile. En C. A. BAYLY, E. F. BIAGINI, *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism 1830-1920*. Oxford: Oxford University Press.
- , 1995. *Orden y virtud*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- , 1998. La revolución en las ideas: La generación romántica de 1837 en la cultura y en la política argentinas. En N. GOLDMAN, *Nueva Historia Argentina*, Tomo 3, *Revolución, República, Confederación (1806-52)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, pp. 381-445.
- ORO, D., 1911. *Papeles de D. Domingo de Oro*. Vol II. Buenos Aires: Imprenta de Coni hermanos.
- PAGE, T., 1841. Affaires de Buénos-Ayres. Expédition de la France contre la République Argentine. *La Revue des Deux Mondes*, XXV, pp. 301-70.
- PADOIN, M. M., 2011. O Federalismo, a Região Platina e a Revolução Farroupilha. *Anais do XXVI Simpósio Nacional de História - AHPUH*, São Paulo.
- PALTI, E., 2009. *El Momento Romántico*. Buenos Aires: EUDEBA.
- PERALTA RUÍZ, V. y M. IRUROZQUI, 2000. *Por la concordia, la fusión y el unitarismo: estado y caudillismo en Bolivia, 1825-1880*. Madrid: CSIC.
- RABINOVICH, A., 2013. *La Société Guerrière*. Rennes: Presses universitaires de Rennes.
- RODRÍGUEZ, G. F., 1922. *Contribución histórica y documental: Advenimiento de Rosas. Campaña contra Rosas... 1839-1941*, vol. III. Buenos Aires: Casa Jacobo Peuser.
- SARMIENTO, D. F. 1988. *La correspondencia de Sarmiento: Años 1838-1854*, Vol I. Carlos S. A. Segreti (ed.). Córdoba: Poder Ejecutivo de la Provincia de Córdoba, Comisión Provincial de Homenaje a Domingo Faustino Sarmiento.
- , 1999. *Manuel Montt y Domingo F. Sarmiento: Epistolario, 1833-1888*. Santiago: Lom Ediciones.
- , 2001. *Obras completas*, VI. Buenos Aires: Universidad Nacional de La Matanza.
- , 1850. *Recuerdos de provincia*. Julio Belin y cía., 1850.
- SCHEIDT, E., 2002. Ecos da revolução farroupilha no Rio da Prata. *Revista Eletrônica da ANPHLAC*, 0, 2, pp. 29-45.
- SHAIN, Y., 2005. *The Frontier of Loyalty: Political Exiles in the Age of the Nation-State*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- STUVEN, A. M., 2000. *La seducción de un orden: las elites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- SZNAJDER, M. y L. RONIGER, 2009. *The Politics of Exile in Latin America*. New York: Cambridge University Press.
- SOBREVILLA PEREA, N., 2011. *The Caudillo of the Andes: Andrés de Santa Cruz*. New York: Cambridge University Press.

- VARELA, F., 1840. *Sobre la convención de 29 de octubre de 1840: desarrollo y desenlace de la cuestión francesa en el Río de la Plata*. Montevideo: Imprenta de la Caridad.
- , 1841. *Affaires de Buenos-Ayres: Considérations sur le traité du 29 Octobre 1840*. Paris: Impr. de Guiraudet et Jouaust.
- VILLAFañE, B., 1972. *Reminiscencias históricas de un patriota*. San Miguel de Tucumán: Fundación Banco Comercial del Norte.
- WASSERMAN, F. 1997. La Generación de 1837 y el proceso de construcción de la identidad nacional argentina. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'*, 3 (15), pp. 7-34.
- ZUBIZARRETA, I., 2009. Una sociedad secreta en el exilio: los Unitarios y la articulación de políticas conspirativas antirrosistas en el Uruguay, 1835-1836. *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana 'Dr. Emilio Ravignani'*, 3 (31), pp. 43-75.
- , 2014. *Unitarios: Historia de la facción política que diseñó la Argentina moderna*. Buenos Aires: Sudamericana.